



EL ABISMO
DE LA ESPERANZA

Eliuth Irigoyen

EL ABISMO
DE LA ESPERANZA



Primera edición: julio de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Eliuth Irigoyen

ISBN: 978-84-19340-92-4

ISBN digital: 978-84-19340-93-1

Depósito legal: M-18224-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

ÍNDICE

NAUFRAGAR A TIEMPO	11
CAPÍTULO PRIMERO.....	13
CAPITULO SEGUNDO	37
CAPITULO TERCERO	59
CAPITULO CUARTO.....	83
CAPITULO QUINTO.....	109
CAPITULO SEXTO	133
CAPITULO SÉPTIMO	169
CAPITULO OCTAVO.....	189
CAPITULO NOVENO.....	201
CAPITULO DÉCIMO.....	215
CAPITULO DÉCIMO PRIMERO	233
CAPITULO DÉCIMO SEGUNDO.....	255
CAPITULO DÉCIMO TERCERO.....	271

NAUFRAGAR A TIEMPO

Si usted considera la inmensidad del universo como una oportunidad, de conquistar un espacio en su nombre, de darle sentido a su forma y manera, con los caprichos propios de quien posee un pedazo de constelación para poner ahí sus anhelos y deseos, dará cuenta entonces que tiene además la posibilidad de invitar a otros a pisar la definida posición de una galaxia que le pertenece únicamente a usted. Y si esa persona ha decidido previamente reclamar otra porción de la Vía Láctea, que hemos supuesto es donde usted se encuentra, sabrá que puede ahora declarar una nación galáctica única en el nombre de la alianza que acaba de acordar, a espera por supuesto, de consumarse en un gobierno interestelar mancomunado.

Ahora que estas voluntades se han sumado a un proyecto de solidaridad planetaria, no tendrían por qué limitarse a la superficie que han conquistado. Si el alcance de la visión puede atrapar los recónditos confines del espacio exterior, ese que se extiende más allá de los pensamientos, donde clústeres de materia oscura hacen implotar estrellas y colisionar pasiones, puede también tomar el Cosmos entero como parte del territorio de esta hazaña.

Ahora que la bóveda infinita de nebulosas ha sido apesada, llegará a darse cuenta de que toda esa energía no puede ser contenida por un régimen, aún por una confederación que nos han hecho con el único propósito de domar al perpetuo andar de la materia. Concluimos que hemos sido ambiciosos, que la codicia ha terminado por desgarrar nuestra fortaleza, que hemos perdido incluso el

baluarte sobre el que iniciamos nuestra aspiración de dominación cósmica. Que más hubiera valido para nuestra causa extraviarnos en un planeta lejano, donde nuestra avidez de engullir púlsares no hubiera cegado lo que en verdad deseábamos, hacernos dueños el uno del otro, y que el universo, no fuese nuestro imperio sino apenas testigo.

CAPÍTULO PRIMERO

Un grito despertó a los hombres en la pequeña sección del aeropuerto, apartada y destinada a las pequeñas aeronaves.

—¡Mina La Esperanza, vámonos!

Apenas un par de ocasiones había viajado en avión, aquella ocasión era la primera en un Cessna. Lo que sentía en ese momento era distinto también, se embarcaba en un viaje que lo llevaría a la primera responsabilidad laboral a tiempo completo. En su mente repasaba las expectativas de futuro, los deseos de hacer cosas relevantes, de obtener reconocimiento. Se juraba internamente demostrar su valor, estaba convencido de que ser el primero en llegar cada día, abrazar todas las tareas como si de eso dependiera su vida, de que esas dos determinaciones tan simples lo pondrían en el camino de lo que quería lograr.

Alejandro no era un hombre inspirado por fantasías o deseos profundos, ya entonces estaba convencido de la inutilidad del convencimiento ingenuo sobre los designios de la providencia. Muchas personas son impulsadas por sus sueños, hasta que tienen hambre, entonces la aspiración es sustituida por la realidad. Es imposible fallar cuando no se toman riesgos.

Al acelerar en la recta, sintió como se perdió el contacto con la pista, los pensamientos se hacían más dispersos. Vino a su mente de inmediato la mujer con la que había estado los últimos cuatro años. Los encuentros intensos de manera furtiva en la habitación que ocupaba en la casa de sus padres, las aventuras y peleas que producen nostalgia cuando se miran a la distancia.

Lo que esperaba a Alejandro era un trabajo en el que debía permanecer por veinte días para luego descansar siete. Sus estudios en minas le consiguieron un empleo aún antes de graduarse. La mina donde trabajaría como supervisor se ubicaba a más de quinientos kilómetros de distancia de su hogar, un lugar aislado donde las llamadas telefónicas son limitadas y el internet para uso personal se limita a los pocos momentos de descanso, una reclusión remunerada, pero prisión a final de cuentas.

2

En el primero de los lapsos de descanso fue a casa de sus padres, había estado cuatro años fuera durante los estudios de ingeniería en la escuela de minas, y en ese tiempo solo regresaba al hogar durante los períodos vacacionales; ahora lo haría cada tres semanas más o menos. Tenía muchas tareas y metas por entonces, elegir un departamento donde vivir o alguna pequeña casa de renta era una de las primeras, pese a ello pasó los primeros días durmiendo.

Una llamada cambió su agenda. Era Ana, su novia que deseaba verlo. Trabajaba también en una empresa minera como administrativa. El trabajo consistía esencialmente en llenar expedientes laborales y hacer los trámites del personal. No tenía que salir de la ciudad y laboraba cinco días por semana. Este esquema de trabajo le daba el tiempo para ayudar a Alejandro a buscar un lugar donde vivir.

Comenzaron a frecuentarse en la universidad, provenían del mismo lugar, coincidieron un par de veces, intercambiaron nombres de personas que conocían, alguno en común apareció rápidamente, no hay muchas personas notables en la ciudad de donde provienen.

Ana podía ser fácilmente identificable a la distancia, siempre se la comenzaría a describir por su cabello. Parecía que jamás había sido cepillado, era de un castaño en diferentes tonos que iban desde el rubio hasta el marrón oscuro. Por alguna razón insistía en teñirlo en un tono más claro, cosa que luego abandonó, quizá por

pereza o porque en algún momento notó que el color no parecía natural al contraponerse con su piel apiñonada. Era baja de estatura, pero parecía alta por las botas que siempre usaba, su ropa lucía como si tuviera más años que ella, aunque siempre estaba limpia. Cuando Alejandro pensaba en Ana solía imaginarla usando la blusa amarilla hecha con una tela de tejido grueso, en parte porque la utilizaba con frecuencia, pero mayormente porque dejaba ver su abdomen cuando por alguna razón levantaba los brazos.

Ana tenía una sonrisa que contagiaba, una de aquellas que dan ganas de estar feliz para acompañarla. Tenía también una intensa oscuridad, la energía que derrochaba se veía en ocasiones bloqueada por la propensión a la tragedia, una depresión perpetua que le perseguía. Era melancólica en la soledad e histérica en la compañía. Como si deseara mostrar a los demás que no sufría por dentro. Al acumular tanto en sus entrañas solía explotar con violencia, soltaba gritos desgarrados por cosas que al sentido común le parecerían irrelevantes. Pese a todo era agradable la mayor parte del tiempo y esa intensidad la hacía ser una persona entregada, solidaria y aguda, el tipo de persona que quieres contigo en la desdicha, no para razonar sino para pelear a tu lado.

Alejandro sentía una inmensa atracción por Ana, apenas se encontraban a solas era seducido por un empuje de pasión que lo llevaba siempre al contacto físico. Solía levantar a Ana, que era ligera, y sentarla sobre sus piernas, dirigiéndose primero a los senos. Esta posición acostumbrada le permitía tener frente a sí las dos formas simétricas que colgaban grácilmente en el pecho de Ana, Alejandro los tomaba con sus manos y los apretaba con firmeza, se extasiaba en la suavidad de sus tejidos. Tenían unas areolas grandes de un color claro, sobre las que repasaba una y otra vez su vista. Había ocasiones en las que consumaba el acto solamente con el movimiento de Ana mientras se dedicaba a besar los objetos de su deseo. Ana era una amante torpe pero entusiasta.

Por aquellos días fueron juntos a visitar los lugares que habían sido previamente seleccionados. Alejandro tenía poca intención de

dejar la casa de sus padres, por conveniencia y una notable falta de iniciativa. Ana, por otro lado, tenía el propósito de que se mudaran juntos, como si fuera un paso natural ineludible que habían acordado sin mencionarlo.

La rutina continuó sin cambios: levantarse a hora avanzada, comer, hacia la tarde visitar el cine o algunas tiendas. Alejandro disfrutaba de algo que no había nunca tenido, independencia financiera. Aunque no desbordaba, ganaba por encima del promedio de las personas de su edad y eso lo ponía en una posición en la que no tenía nada más que hacer en su tiempo libre, solo descansar y merodear.

Ana paraba delante de las tiendas de vestidos. Echaba miradas clavadas a los maniqués, sostenía una expresión dirigida primero a la ropa y luego a las formas de los cuerpos inertes que se sostenían en posiciones como si tuvieran una sorpresa ingenua. Alejandro siempre se quedaba un poco detrás con un semblante de resignación y fastidio, aunque contemplando la escena; ella le agradaba mucho y disfrutaba del tiempo y del sexo que se entregaban.

3

Pasaron unos meses, en los que había hecho ya una rutina, levantarse a las cinco de la mañana casi en automático, tomar un baño, dirigirse al comedor siguiendo un oscuro y estrecho pasillo de metal, desayunar junto a otras treinta personas y escuchar por saludo «provecho» cuando alguien entraba y salía de la habitación, expresión que era replicada en un automático susurro «gracias». Ya en la zona de trabajo, las oficinas de pueblo, en donde, luego de escuchar las instrucciones del superintendente Alejandro, leía el reporte del turno anterior sobre el cumplimiento de las metas de desarrollo. Aquella fría mañana en el desierto del norte de México, no parecía que fuera a ser diferente de no haber sido por el Ing. Juan Pablo Sánchez, un profesionista de unos veintitrés años que cumplía con el tercer turno en la mina, el nocturno, como supervisor de obra.

Juan Pablo pasaba ocho horas de tercera, culminaba su jornada laboral por la mañana, tomaba un cereal como desayuno en el comedor y después iba al cuarto que compartía con otro compañero. Dormía hasta el mediodía, que era hasta donde le permitía su cuerpo hacerlo durante el día. Después pasaba el resto de la tarde caminando de un lado a otro arrastrando los pies, le pesaba el cansancio provocado por las pocas horas de sueño. Pudiera no parecer demasiado, pero cada uno de los días de las tres semanas consecutivas le mermaba físicamente de tal forma que gradualmente se menoscababan tanto sus reflejos como el sentido de vigía. Iba en el día diecinueve, dos más y estaría de nuevo en su hogar. Ahí pasaba los descansos con su familia; una joven esposa y un niño que apenas un par de meses atrás había visto por primera vez la luz de un sol pálido en el clima ventoso de Zacatecas.

Esa mañana el cansancio acumulado le hizo cometer un desliz. Su trabajo antes de terminar la jornada era inspeccionar algunos puntos de peligro para que los mineros en el siguiente turno trabajaran en condiciones de seguridad; cerciorarse que no había rocas flojas en las paredes del túnel de mina que pudieran caer con las vibraciones de operación, examinar los sitios donde se habían colocado explosivos la noche anterior. Fue precisamente en uno de estos lugares donde autorizó a una máquina jumbo a operar en el inicio del turno.

Para colocar los explosivos se hace una perforación de varios metros de largo por apenas unos centímetros de diámetro. En este orificio se introducen las cargas. En algunas ocasiones no se activan en su totalidad y queda un remanente, llamado «chocolatón». Cuando la punta rotante del jumbo tocó la pared, los restos de explosivo detonaron en un estruendo, lanzando miles de pequeñas rocas, que como perdigones impactaron contra el obrero y el supervisor parado al lado de la máquina. El resultado: un operador gravemente lesionado por los impactos contra su pecho y brazos y Juan Pablo, con el rostro lleno de heridas que reventaron su piel en forma de pequeños y profundos cortes.

Alejandro alcanzó a ver, al llegar, cómo subían el cuerpo herido del joven a la rústica ambulancia de la mina para hacer su traslado a un hospital, el más cercano a unas cinco horas de camino. Miró con espanto el rostro ensangrentado del joven, cubierto por algunas gasas colocadas por la doctora del lugar, que no había hecho otra cosa sino estabilizarlo «¿Qué más podría hacer con los recursos que tenía en su clínica?» Solamente acompañarlo para llegar a un hospital, donde sería directamente llevado a cirugía, y donde finalmente no se habría logrado hacer nada para salvarle la vista, sus ojos habían quedado destrozados.

«¿Cómo decidió tomar un turno tan severo?» Él no lograba dormir durante el día más que apenas un lapso por la mañana y pasaba el resto del día deambulando en una tortura de somnolencia. La respuesta era sencilla y la hizo notar uno de sus compañeros. Esta es la única manera en la que alguien con poca experiencia podía pasar de ser operador a supervisor, mejorando sustancialmente las prestaciones con las que podría atender a una mujer que lo esperaba en casa y a un hijo en camino. Tomar unos meses un puesto en un horario adverso pero que en el largo plazo le brindaría mejores perspectivas. La tragedia tiene muchas formas, a veces viene camuflada en la forma de una oportunidad que te arroja hacia el abismo.

4

Habían pasado unos pocos días desde el accidente cuando la avalancha de consecuencias comenzó a venir cuesta abajo, primero lentamente y luego como una descarga repentina, hubo que sacudirse con fuerza para ver donde había terminado cada uno. Fueron la demanda legal del Sindicato y la amenaza de huelga lo que desembocó los grandes cambios. Cada una de las personas que estuvieron involucradas, así fuera solo por su responsabilidad en la descripción de las funciones de su cargo, fue despedida o enviada a otras minas de la empresa. Estos últimos fueron principalmente

los de más alta jerarquía. El gerente de la mina, así como el superintendente de operaciones y de seguridad, fueron enviados a minas en el sur del país, el resto, hacia abajo en la cadena de jerarquía, fueron suspendidos o liquidados.

No es que el sindicato fuera particularmente férreo en la defensa de las causas obreras o de la seguridad de sus miembros, solía aceptar terribles condiciones de seguridad a cambio de aumentos salariales mínimos que les permitieran aumentar las cuotas de sus agremiados y con ello las percepciones de sus líderes. En los documentos constitutivos de estas organizaciones se dice que los dirigentes sindicales son trabajadores que mediante votación son electos para puestos en los que defenderán y enarbolarán las causas de sus camaradas. En la realidad, estas posiciones son prebendas de relaciones sociales y políticas que luego son pagadas con tributos provenientes de la corrupción en el manejo de los fondos económicos. Es casi como tener una beca de por vida y vivir del trabajo ajeno, poniendo en riesgo la vida de otros, recaudando hacia abajo, sufragando hacia arriba.

Los nuevos responsables se presentaron apenas un día después, el Ing. Carlos Menchaca que venía de una mina de otra empresa en San Luis Potosí se haría cargo de la gerencia, otros cuyos nombres no vale la pena mencionar fueron dispuestos en las actividades restantes. Alejandro recibió la noticia del nuevo gerente en el comedor, pues apenas habían pasado un par de horas de su llegada a la mina cuando una asistente de recursos humanos tocó su hombro mientras estaba sentado en la mesa.

—El ingeniero quiere verlo señor —dijo en un tono de voz tímido, como en secreto.

Terminó la merienda, tomó su casco del perchero y se aprestó a dirigirse a las oficinas. Las instalaciones ocupaban una extensión tal, que ir caminando de un lugar a otro podía ser un asunto de horas, y tomar un vehículo no era precisamente sencillo, pues apenas algunos con privilegios tenían camionetas asignadas.

Subió las escaleras de las oficinas y preguntó a la secretaria de la oficina por el nuevo gerente, ella indicó que él ya lo esperaba.

La puerta se encontraba abierta y entró sin avisar, él, un tipo grueso y moreno, hablaba por teléfono con alguien a quien le lanzaba sonoras carcajadas de vez en vez, risas estruendosas, de las que incomodan bastante.

—He escuchado cosas interesantes de usted Alejandro —le dijo mientras miraba el contenido de una carpeta— me han dicho que hable con usted para encargarse de algunas responsabilidades en la unidad.

No se trataba de cualquier cosa, le estaba diciendo que tomara posesión de la superintendencia de mina en lo que encontraban a alguien con más experiencia para hacerlo de manera definitiva. Aunque conocía a todas las personas en cada turno y sabía de memoria cada una de las obras que se realizaban, eso no sería suficiente para algo así. Las circunstancias trágicas parecían ser el motivo y no realmente la capacidad del joven para realizar el trabajo, eso lo atemorizó en un principio, pero siendo una persona que no sabía decir que no, condición de la que había hecho una forma de actuar, inmediatamente asintió, tomó su orden por escrito y se retiró del lugar. Reordenaría a cada uno de los trabajadores que no fueron despedidos a otras responsabilidades, luego tomaría su descanso, regresando siete días después a hacerse cargo de su nuevo puesto.

5

Alejandro sostenía la mirada fija sobre las formas serpenteantes de la geografía que se filtraban en un tono azulado por la ventanilla acrílica de la ligera aeronave. Mantenía sus pensamientos en Carmen, a quien había conocido durante sus días de descanso. Se había reunido para festejar el cumpleaños de uno de sus amigos y de paso celebrar su reciente ascenso, aunque esto fue solo para él, en ninguna ocasión alguien continuó con la conversación en las múltiples ocasiones que lo mencionó.

Carmen había sido invitada a la fiesta por una amiga en común, una que no frecuentaba, no por otra razón, sino que en realidad

no tenía personas que viera habitualmente, aunque solían saludarse con particular efusividad cada vez que se encontraban, como si en realidad se trataran de grandes amigos. Judith era una mujer que en una primera impresión dejaba la sensación de ser tonta, como si no se percatara del mundo y de las intenciones de los demás, parecía tener siempre una opinión positiva a priori de las personas que conocía. Su mirada la hacía lucir despistada, incluso de su evidente belleza, su piel era lisa y tenía los ojos café claro, un cabello oscuro, liso y sedoso. Su cuerpo era ligeramente robusto, tenía la tonicidad natural propia de la juventud, en su figura resaltaban sus generosas piernas.

Judith llegó al club acompañada de tres amigas, el lugar no era otra cosa que una discoteca en la que los jóvenes hacen alardes de aspiración a una posición económica más allá del contenido de sus bolsillos, al menos de la mayoría de ellos, ahí radicaba la popularidad y éxito del negocio, vender un producto, una imagen efervescente de estilo que los muchachos veían de sí mismos, mientras la seducción del licor barato se los permitiese.

Una de las acompañantes de Judith era Carmen. Desde el momento que se acercaron a la mesa donde se encontraban la atención de Alejandro fue secuestrada, le impresionó primero su estatura, un poco por encima del promedio y magnificada por el alto de los tacones de sus zapatos, y en aquella larga figura sobresalía una cabellera ensortijada dramáticamente peculiar. En su rostro una sonrisa fácil, en sus palabras una amabilidad sencilla que emanaba naturalmente. No sonaban sus palabras como un glosario ensayado de buenas intenciones, sino una actitud legítima de nobleza.

Ella permaneció cerca todo el tiempo, bailaban a ratos y bebían con alegre negligencia, no había un coqueteo descarado, todo lo contrario, parecían reconocerse en las sombras y luces, como si de manera accidental hablaran en las formas, en los movimientos, en los roces de mano y en los acercamientos casuales de los rostros para las palabras escasas, que eran, conforme se consumía la noche, cada vez menos que fortuitos.